

Para nadie fue una sorpresa los resultados de las elecciones parlamentarias. Dos o tres semanas antes del 4 de marzo, un informe de «sondeo de la opinión pública» realizado en Santiago, Valparaíso y Concepción para el grupo demócratacristiano de Eduardo Frei, indicaba que la Unidad Popular bordearía el 40 % de los votos. Es decir, estaba claro que la oposición no iba a sacar los dos tercios necesarios para destituir a Allende y reemplazarlo por el Presidente del Senado mientras se llamaba a nuevas elecciones presidenciales.

Los propios candidatos demócratacristianos y nacionales montaron la trampa psicológica en que cayeron. Públicamente hicieron toda su propaganda en el sentido de «sacar los dos tercios». Cuando en la noche del 4 de marzo estuvo claro que la Unidad Popular había sacado casi el 44 % de los votos, la masa reaccionó como si la combinación de partidos de Gobierno hubiera obtenido una «aplastante» victoria sobre las maniobras de la oligarquía y el imperialismo. En las propias palabras de Salvador Allende, la interpretación que se dio al resultado de las elecciones, por parte de la Unidad Popular, fue la siguiente, según el texto incluido más tarde en su Mensaje al Congreso del 21 de mayo de 1973:

«Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo han demostrado algo que desespera a algunos de nuestros adversarios: el funcionamiento regular de los mecanismos político-institucionales a través de los cuales se expresa la voluntad popular. Contrariando los designios de quienes no han cesado en sus intentos de destruirlos, porque veían en las elecciones «una meta sin destino», la jornada del 4 de marzo fue clara manifestación de defensa del régimen democrático.

»Por otra parte, la significación del resultado electoral la da el contexto histórico en que ha tenido lugar. La política gubernamental se ha traducido en el apoyo masivo que han recibido los partidos políticos que lo sustentan, *el más alto que Gobierno alguno haya alcanzado en los últimos veinte años tras veintisiete meses de gestión*. El 4 de marzo ha sido reafirmada la vía chilena al socialismo.

»De ahí que, en la consulta nacional del 4 de marzo, se manifestara no sólo el respaldo al Gobierno, sino la reafirmación de una voluntad revolucionaria. Es algo más que un simple deseo de cambios. En una coyuntura económica tan desfavorable

como la que atravesamos, es la decisión popular de avanzar hacia el socialismo.»

El mismo día 5 de marzo, el siguiente de las elecciones, el entusiasmo de las masas recibe un balde de agua fría. En todos los cordones industriales, comandos comunales, consejos campesinos y juntas de abastecimientos y control de precios se habían organizado reuniones para «analizar el resultado electoral y dar un salto adelante en la formación del poder popular», bajo la forma general de «mejorar nuestra preparación para afrontar la contrarrevolución armada». Pero estas discusiones se hicieron inocuas porque no pudieron comenzar, ya que el propio presidente Allende y la directiva del partido comunista, iniciaron ese día una violentísima campaña contra «los ultraizquierdistas» que «objetivamente» le hacen el juego al imperialismo y a la oligarquía. Y se comenzó una campaña por volver por otro camino a la consigna de «Hacer la revolución es producir». Se lanzó la de «y ahora, a producir para la revolución».

Poco a poco, los ecos de octubre, que habían renacido en marzo, se fueron apagando para volver a la pugna entre los conceptos de si prepararse para la lucha contra el fascismo armado «es una provocación» o «es una acción revolucionaria». Y los días siguieron pasando sin que a la conspiración que se desarrollaba en el seno de las Fuerzas Armadas, con un gigantesco apoyo de las oligarquías de Estados Unidos, Brasil, Argentina, Bolivia y Venezuela, además de la chilena, fuera tomada como un peligro real, y ante la cual no había otra defensa que la movilización de los trabajadores de manera correcta para esa condición objetiva.

Los generales, okey

A la semana siguiente de las elecciones, el grupo de generales en contacto directo con los emisarios del Pentágono, se reunieron varias veces para determinar sus próximos pasos. Una cuestión estaba clara: los políticos civiles habían fallado, no existía esperanza alguna de que Allende fuera destituido por las maniobras de los Frei, Jarpa y demás parlamentarios. Por eso mismo, había que cumplir con las órdenes del Pentágono: hacer el trabajo completo, a cara descubierta, y sin escudarse en los otros grupos de la oligarquía chilena y del imperialismo norteamericano.